

## Entre la razón y la magia

*Y la noche suspira  
como un pétalo de infierno.*

Carlos Ramos

Pocas veces me ha costado escribir un comentario sobre un texto. Lo normal es que el texto te vaya llevando por el camino trazado por quien lo haya escrito y, al final, habrá despertado en ti admiración, rechazo, indiferencia o simplemente esa sensación de que todo está en su sitio y que, tal vez por eso mismo, no puedes ir contra lo escrito pero no sientes ninguna necesidad de desmontar ideas, argumentos o sentencias, seguramente porque nada hay que desmontar.

Cuando he tenido en mis manos los textos que componen este volumen, me ha invadido la perplejidad. Un joven, que solo llegó a cumplir 22 años, envía desde los años setenta del siglo pasado una especie de mensaje en una botella. Me habla de asuntos que yo me ha planteado en la madurez y que expreso con lenguaje de la actualidad correspondiente al tiempo que vivo. Al leer a Carlos Ramos, tengo la impresión de que sus textos han sido escritos ahora mismo, pues habla de nuestras cosas actuales, nuestra dudas, miedos e ilusiones fallidas, pero resulta que esas palabras escritas con lenguaje del primer cuarto del siglo XXI fueron escritas en la década de 1970, hace casi medio siglo. Es como si Carlos Ramos se hubiera proyectado hacia el futuro que no llegaría a ver con la clarividencia de haber vivido los cincuenta años posteriores a su desaparición física.

Ciertamente, lo que me produce el contenido de este libro es asombro y perplejidad: un libro de, pongamos, 1979, que suena como si hubiera sido redactado en 2020, como si el autor quisiera levantar acta de los pensamientos que lo asaltarían durante una vida que no vivió. La parte de escritura teatral que aparece en este libro está hecha con una utilización del lenguaje muy apegada al realismo de su uso por campesinos, algo que entonces se consideraba costumbrismo, pero que ahora, medio siglo después, está de rabiosa actualidad por las modas editoriales y esa idea de hacer literatura tal como se habla en distintos lugares, y que se vende como lo más contemporáneo y avanzado, y que estoy convencido de que volverán a despreciar en cuanto las editoriales dejen de facturar con libros de ese tipo de lenguaje.

Destaco esa salvedad en el uso de la escritura, porque el resto del libro está redactado con un elevado uso de la expresión, muy profundo sin llegar a crítico, pero a veces con unos toques que recuerdan las viejas vanguardias de hace un siglo. Hay momentos en los que

recuerda a la modernísima y futurista literatura de Agustín Espinosa, aunque desconozco si el autor llegó a leer a gran escritor surrealista, puesto que las ediciones de su obra no circularon con plena normalidad hasta mediados o finales de los años setenta, pues no era del gusto de los censores franquistas, seguramente porque Espinosa les hablaba de conceptos que nunca se habían alojado en sus podridas cabezas.

Si viviera hoy, Carlos Ramos, tendría seis años más joven que yo, y resulta inquietante que alguien tan joven esté de vuelta de muchas cosas, porque aprendemos mientras vivimos; pero él casi no tuvo tiempo. Formaba parte de una juventud inquieta que se movía entre el pensamiento, el asombro por el descubrimiento de un mundo aborígen que marcó a mucha gente y la hiperactividad en asuntos culturales, fuesen literarios, escénicos, musicales o plásticos. Era un volcán a punto de explotar, y, de hecho, algunos de sus compañeros de viaje han atravesado esa vida que él condensó, y hoy forman parte del acervo cultural de esta tierra, y son ellos los que han querido rescatar la obra de su amigo.

No conocí personalmente a Carlos Ramos, llegué tarde por mi recurrente tendencia a navegar en solitario, pero sí que muy poco después de su partida coincidí con ese grupo. Ahora abro los ojos ante su obra casi urgente que no consigo imaginar cómo pudo hacerse, es casi magia, porque para moverse en sus dominios hay que conocer muchas de las cosas que, vista desde ahora son sota, caballo y rey, pero que él logró detectar a la primera. ¿Cómo es posible que se hubiera recorrido la obra de la poeta argentina Alejandra Pizarnik, fallecida en 1972, cuando su proyección es posterior, de la mano de sus valedores Octavio Paz y Julio Cortázar? Y como ese detalle otros muchos, que confieren a Carlos Ramos una especie de ciencia infusa o al menos un olfato sensitivo, poético y filosófico que es casi sobrehumano.

Y termino este comentario como lo empecé: presa del asombro y predispuesto a creer en musas, universos paralelos y conexiones cósmica. Solo con talento y trabajo no se consigue alcanzar un universo literario como el de Carlos Ramos. Es algo mágico, inusual y desde luego portentoso. Espero que este esfuerzo que hacen sus amigos por rescatar su obra de la dispersión sirva para que esa deslumbrante bocanada de luz sea percibida por todos. Leer a Carlos Ramos es moverse entre la razón y la magia. Tal vez haya que repensar sus palabras al comienzo de uno de sus relatos: “¡Desconfía de quien tenga más de treinta años!”.

*Emilio González Déniz.*

Junio de 2025.